

SIEMPRE EN MI MEMORIA.

Amaneció un día radiante, con una pequeña neblina en el horizonte, cubriendo las cimas nevadas de las montañas. Me estaba desperezando, cuando observé desde mi ventana una figura al lado del arroyo que pasaba cerca de la casa. Me fijé y era mi abuelo Tomás, que estaba intentando hacer encajar una vieja caña de bambú que debía haber encontrado en el garaje. Abrí la ventana, le llamé y le saludé con la mano, sonriéndole y a la vez sentí como me corría una lágrima por la mejilla.

Me acordé de la noche anterior que me llamó Maribel y me preguntó: ¿Qué, ya has terminado la universidad?, ¿Te has casado?, Yo le contesté, no abuelo, que soy María, y estoy estudiando en el colegio todavía. Pero él seguía, sí eso, ¿Qué tal con tu novio, ese chico tan majo? Como ya me había dicho mi madre, mi abuelo sufría una enfermedad llamada Alzhéimer, que le impedía recodar bien las cosas, pero yo no comprendía que él estuviera enfermo, si estaba estupendo y siempre sonreía por todo. Así pasé toda la velada, escuchándole y riéndome con sus relatos: “Me acuerdo del hambre que pasé en la Guerra y sobre todo, de aquella chica tan guapa de mi pueblo y de cuanto la quería, pero no se qué fue de ella”. Y era la Abuela.

Así amaneció el día, decidí vestirme y bajar junto a él, estuvimos montando las varillas de bambú, pero no supe poner el carrete, mi abuelo se acercó, me rodeó por los hombros y me dijo: “Isabel, que grande te has hecho, ya eres toda una mujer”. Yo, mirando hacia el río, sonriendo le acaricié la mano que estaba en mi hombro, y una lágrima me volvió a humedecer la mejilla, pero con gran alegría pensé: “que suerte tengo de poder estar a su lado”.